

# La actividad científica de Eduardo Braun Menéndez entre 1953 y 1959

Eduardo Braun Menéndez's scientific activity between 1953 and 1959

Javier Magdalena  
Universidad Torcuato Di Tella

## Resumen

La historiografía argentina no ha estudiado suficientemente la obra del Dr. Eduardo Braun Menéndez (1903-1959). Su influencia reconocida tanto en los espacios científicos como en los círculos católicos difiere de la cantidad y calidad de investigaciones sobre su legado. Desde el plano científico, la atención historiográfica se centró en revisar la obra de dos de sus cercanos colegas, los premios Nobel Bernardo Houssay y Luis Leloir. Desde la historia del catolicismo argentino, su reconocimiento quedó relegado a raíz de sus diferencias, en el final de su vida, con la naciente Universidad Católica.

Por este motivo, el siguiente trabajo pretenderá recuperar la contribución del Dr. Braun Menéndez entre los años 1953 hasta su deceso. Este período incluye su participación directa en cuatro proyectos científico-educativos de distinta naturaleza y envergadura: el Instituto de Biología y Medicina Experimental, el Instituto Católico de Ciencias, el Conicet y la Universidad Católica Argentina. Para ello, será imprescindible revisar integralmente sus influencias y anhelos, el contexto histórico y los intereses en juego y los resultados obtenidos en cada una de estas experiencias. Asimismo, se prestará particular atención a sus lineamientos científicos y católicos que en su obra lejos estuvieron de concebirse como contradictorios.

**Palabras clave:** Eduardo Braun Menéndez, historia de la ciencia en la Argentina, Iglesia, Universidad.

## Summary

The work of Dr. Eduardo Braun Menéndez (1903-1959) has not been studied enough yet by Argentine historiography. Its influence has been acknowledged in scientific fields as well as Catholic circles although this is not reflected in the quantity and quality of research on his legacy. From the scientific point of view, the goal of historiography focused on reviewing the work of two of his closest colleagues, Nobel Prize Laureates Bernardo Houssay and Luis Leloir. Within the history of Argentine Catholicism, his acknowledgement was relegated due to his differences, by the end of his life, related to the emerging "Catholic University".

That is why this paper recovers the contributions carried out by Dr. Braun Menéndez between 1953 and his death. This period of time includes his direct participation in four different scientific and educational projects: "the Institute of Biology and Experimental Medicine", "the Catholic Institute of Science", Conicet and "the Argentinian Catholic University". To do so, it has been essential to review his influences and desires, the historical background as well as the interests involved and the consequences resulting from all the previously mentioned experiences. In addition, this paper also focuses on his scientific and Catholic principles which were not presented as opposing views in his work.

**Key words:** Eduardo Braun Menéndez, history of science in Argentina, Church, University.

## Introducción

En 1989, a treinta años del trágico deceso del Dr. Eduardo Braun Menéndez, Marcelino Cerejido -doctor e investigador argentino, radicado en México- sentenciaba en un artículo publicado en la revista “Ciencia Hoy” que “*Braun Menéndez nos falta por todas partes*”. En su evocación -marcada por el recuerdo, la admiración y también por algo de pesimismo- Cerejido (1989) aseguraba que el vacío dejado por Braun Menéndez no sólo se debía a su temprana desaparición física, sino al gran golpe que significó para la ciencia de nuestro país.

El propósito de esta investigación es comprender la actividad científica de Braun Menéndez, enmarcándola en su contexto histórico y en la corriente de ideas bastante singulares en la que interactuó. Asimismo -y en términos de Pierre Bourdieu (1984)- se pretenderá ubicar a este médico dentro un campo académico propio, con reglas y lógicas de funcionamiento particulares, en donde no faltan las luchas de competencia por la determinación de las condiciones y los criterios de pertenencia y de jerarquías legítimas. Según Bourdieu, los miembros de la comunidad universitaria se definen por estos criterios, conformando grupos y asumiendo diferentes posicionamientos sobre la construcción de los fundamentos racionales de la ciencia. Desde esta perspectiva se analizará la actividad científica y universitaria de Braun Menéndez. Finalmente en este trabajo se establecerá una conclusión que visualice los aportes de este médico que no han sido lo suficientemente reconocidos por la historiografía argentina.

El período que aborda este trabajo -de 1953 a 1959, año de su muerte- incluye la participación directa y la mediación política de Braun Menéndez en tres proyectos científico-educativos de distinta naturaleza y envergadura: el Instituto Católico de Ciencias, el CONICET y la Universidad Católica Argentina. Sumados a estos, se hará mención a otros dos espacios en los que colaboró especialmente: el Instituto de Biología y Medicina Experimental y el Instituto de Fisiología de la UBA. Para ello, será imprescindible revisar integralmente sus influencias y anhelos, el contexto histórico y los intereses en juego y los resultados obtenidos en cada una de estas experiencias. Asimismo, se prestará particular atención a los lineamientos científicos y católicos que en su obra lejos estuvieron de concebirse como contradictorios.

## Estado de la cuestión

Para un posicionamiento más fundamentado sobre la actividad científica de Braun Menéndez durante el período que estudiamos, cabe preguntarse cuál ha sido el tratamiento en la historiografía argentina que ha merecido la problemática universitaria y de la intelectualidad durante el peronismo, en general, y sobre la figura de este médico, en particular.

Desde una visión más amplia, coincidimos con la siguiente afirmación de la socióloga Adriana Chiroleu (FLACSO-CONICET) en su trabajo “La profesión académica en Argentina”:

“En Argentina resulta llamativo el vacío de trabajos que contemplen en forma integral la profesión académica y que pongan el énfasis en una caracterización de los académicos y de su transformación reciente. Esta situación encuadrable en la falta de desarrollo sistemático del campo de la educación superior, como <objeto de estudio>, supera sin embargo esta circunstancia” (1999: 2).

Pese a esta dificultad, algunos trabajos más recientes han dado cuenta sobre dicha problemática que vincula a los intelectuales y académicos con el peronismo sin entrar realmente en una caracterización sociológica sobre éstos. Los trabajos de Marcelino Cerejido (1990), Federico Neiburg (1998), Pablo Buchbinder (2005), Osvaldo Graciano (2008), Diego Hurtado (2010), Miguel de Asúa (2010) y Flavia Fiorucci (2011) abordan desde distintas temáticas esta cuestión. Tanto Neiburg como Fiorucci exploran el itinerario cultural de diferentes grupos intelectuales y su relación, política e intelectual, con el peronismo: Neiburg estudia el Colegio Libre de Estudios Superiores mientras que Fiorucci analiza a la Sociedad Argentina de Escritores. Hurtado y de Asúa observan la propia actividad y dinámica del campo científico y su vinculación con el Estado durante el peronismo suscitando la siguiente discusión: mientras que la comunidad científica -legitimada a partir de los años treinta y en la cual comienza la participación destacada de Braun Menéndez - abogaba por la investigación pura de la ciencia, el Estado impulsaba proyectos de ciencia aplicada en un clima de intervención y regulación de los espacios científicos, culturales y académicos. Con un relato más testimonial, Cerejido evidencia cómo esta comunidad científica quedó fuera de los espacios públicos de investigación,

administrados por el peronismo y sus adeptos, y continuaron su tarea científica en institutos privados. Asimismo describe la decisiva labor de Braun Menéndez como investigador y propulsor de algunas de estas nuevas instituciones. En el plano universitario, Buchbinder y Graciano exponen las decisiones que el peronismo tomó sobre la educación superior y sobre el claustro docente y las resistencias que se produjeron al respecto. Buchbinder señala las dos veces en que Bernardo Houssay fue alejado de la UBA por decisiones del gobierno: la primera en 1943 y luego, habiendo sido reincorporado, fue cesanteado nuevamente en 1946, alejándose de la universidad hasta la caída del peronismo. En ambas ocasiones, Braun Menéndez, discípulo predilecto y profesor adjunto de Houssay, renunció en solidaridad con su mentor.

En cambio, la nota necrológica de Houssay (1959) y los trabajos de Cerejido (1989), Guillermo Jaim Etcheverry (2000), José Zanca (2006) y Miguel de Asúa y Analía Busala (2011) exponen una mayor descripción sobre la figura de Braun Menéndez a partir de sus concepciones (católicas y científicas) y de sus producciones en el campo de la medicina. A partir de estos trabajos comenzaremos la indagación sobre Braun Menéndez.

### **Presentación del Dr. Eduardo Braun Menéndez**

Eduardo Braun Menéndez nació en Punta Arenas, Chile, el 16 de enero de 1903. Perteneciente a una familia acomodada, se radicó en Argentina desde muy temprana edad y fue aquí donde desempeñó la mayor parte de su vida académica. Realizó sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA, concluyéndolos en 1929. Su trabajo sobre la “Influencia del diencéfalo y la hipófisis sobre la presión arterial” -bajo la supervisión de Houssay- consiguió el premio anual a la mejor tesis doctoral. Luego de recibirse, y de perfeccionarse en Inglaterra, se unió al prestigioso equipo del Instituto de Fisiología de la UBA -con Luis Federico Leloir, Juan Fasciolo, Juan Muñoz y Alberto Taquini-, donde profundizó su investigación sobre el mecanismo de la hipertensión arterial nefrogénica. Con su equipo, logró descubrir la angiotensina que modificó la compresión y el tratamiento de la hipertensión arterial. En el instituto, Braun se convirtió en líder de investigación en la fisiología cardiovascular desde 1935 y se desempeñó como profesor titular y profesor adjunto en la misma especialidad hasta 1946.

Ampliamente conocido en los círculos científicos, fue miembro fundador de la Sociedad Argentina de Cardiología (1938) que presidió en 1951, secre-

tario de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (1945-48), vicepresidente de la Sociedad Argentina de Fisiología (1953), presidente de la Sociedad Científica Argentina (en 1956, vice entre 1951-56), vicepresidente de la Sociedad Argentina de Biología y miembro de las Academias Nacionales de Medicina y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, entre otras labores. Bernardo Houssay recordaba a su discípulo y colega de la siguiente manera:

“Era a la vez un idealista y un hombre de acción. Su espíritu selecto amaba y practicaba los grandes valores humanos: religión, ciencia, cultura, música y arte, principios morales, amor a la familia y a sus semejantes, fe en el destino humano. Fue un cristiano ejemplar, un creyente que vivía la fe en todos sus actos, que practicó el amor al prójimo y la caridad, que era tolerante y respetaba a los hombres de buena fe y buena conducta cualquiera que fuera su credo” (1959: 101).

No se puede comprender la obra científica de Braun sin tener en cuenta su talante religioso. Sin pertenecer a los círculos más conservadores de la Iglesia argentina, era “militantemente católico” como recordaba Cerejido (1989). Para Braun, la ciencia y la religión formaban parte de un mismo camino hacia la verdad. De hecho, en la editorial de la revista *Ciencia e Investigación*, Braun (1953: 337) sostenía que “no se puede concebir una ciencia católica contrapuesta a otra ciencia que no lo fuera”.

Además de sus motivaciones cristianas, la actividad científica de Braun consistió en la búsqueda incansable por la excelencia y seriedad de la universidad y de la ciencia de nuestro país. Para lograr este cometido abogó por la creación de universidades o institutos privados y libres imitando algunos modelos internacionales (la Universidad de John Hopkins, en EEUU, por ejemplo), en los cuales, se investigara y enseñara. De hecho, veía una ventaja de estos institutos respecto a la universidad pública, ya que para él “es más fácil iniciar una reforma partiendo de algo nuevo, que tratando de modificar lo ya existente” (Braun Menéndez, 1945). Intentó persuadir a las “fuerzas vivas del país” –los empresarios– sobre los réditos que podrían brindarles sus inversiones en este nuevo proyecto señalando algunos ejemplos extranjeros. Pese a que nada de esto dio resultado de inmediato, el tema se había instalado y al tiempo se crearon nuevos emprendimientos científicos de semejante calibre –como los de Houssay, Leloir, Oscar Orías y Juan Lewis– con aportes privados. Braun participaría en uno de ellos.

Con la llamada “Revolución Libertadora”, Braun se encontró inmerso en dos proyectos de distinta naturaleza que se concretaron casi en paralelo: la UCA y el CONICET. Antes de su deceso, Braun ya había renunciado al primero mientras que continuaba presente en el segundo. Asimismo, no perdía su sueño de consolidar un instituto privado de investigación y enseñanza de calidad.

El 16 de enero de 1959, en el día de su cumpleaños número cincuenta y seis, Braun y su hija Magdalena fallecieron en un accidente aéreo cuando se dirigían a Mar del Plata. Nuevamente es Houssay, en su nota necrológica sobre Braun, quien sintetiza su legado:

“Con la muerte de Eduardo Braun Menéndez perdió el país uno de sus hombres de ciencia más eminentes, que realizó investigaciones originales, luchó por perfeccionar la Universidad y desarrollar la Ciencia, un espíritu superior, un maestro y protector de la juventud, un dirigente intelectual y moral” (1959: 103).

### **Braun Menéndez: científico proscrito y católico (1953-1954)**

Para insertar apropiadamente la participación de Braun en estas experiencias, debemos comprender algunas peculiaridades del contexto histórico. A partir de 1943, con la irrupción del GOU en la escena política y con la llegada de Juan D. Perón a la presidencia años después, varios científicos (dentro de una gran masa de intelectuales y académicos) abandonaron la universidad pública. Braun Menéndez, quien era profesor adjunto, renunció en dos oportunidades a su cargo (una en 1943 y la otra, después de haber sido reincorporado en su puesto, en 1946) corriendo la misma suerte que Bernardo Houssay. Varios colaboradores y colegas de este último siguieron su camino y fueron alejándose paulatinamente de la universidad pública: Virgilio Foglia, Venancio Deulofeu, Juan Lewis, Oscar Orías, Raúl Wernicke, Raúl Trucco, Luis Leloir, Carlos Cardini, Miguel Covián y Hugo Chiodi, entre otros.

La confrontación de estos científicos con los gobiernos del GOU, primero, y peronista, después, se había desencadenado en dos puntos que fueron imposibles de reconciliar: el primero fue la oposición política y pública de Houssay y de algunos de sus seguidores para con estos gobiernos que supuso la exclusión casi instantánea a sus cargos y la falta de reconocimientos entre las partes a lo largo de estos años (Foglia y Deulofeu, 1971); el segundo estuvo marcado por

la constante tensión ideológica que existía entre unos y otros sobre los fines que debían tener la universidad y la ciencia en el país (Hurtado, 2010). El tipo de universidad que pretendían aquellos gobiernos no coincidía con los ideales de un numeroso grupo de académicos y científicos quienes abogaban por la libertad de la ciencia y la autonomía en las investigaciones. Este grupo defendía a ultranza la ideología de la “ciencia básica” –que de manera primordial se proponía enriquecer el conocimiento humano– criticando la visión más utilitarista y técnica llevada adelante por el peronismo, por ejemplo.

Desde ese momento hasta 1955, estos científicos y otros muchos docentes quedaron marginados de la universidad y se vieron obligados a continuar su labor en institutos privados de investigación para la ciencia y la cultura. Así aparecieron el Instituto de Biología y Medicina Experimental, el Centro de Investigaciones de Córdoba dirigido por Orías (1946), la Fundación Campomar a cargo de Leloir (1947), el Instituto de Investigaciones Médicas creado en Rosario por Lewis (1948), y el Instituto Católico de Ciencias (1953). No obstante, y a pesar de las tensiones, los cuestionamientos al programa universitario y científico-técnico del peronismo perduraron a lo largo de toda la década.

En el interregno entre la primera y la segunda cesantía de Houssay, se creó el Instituto de Biología y Medicina Experimental (IByME), dirigido por éste mismo. A él se le sumó Braun Menéndez (como cofundador e investigador) quien además brindó una casa de su padre, Mauricio Braun, para oficiar de centro. Ubicado en la calle Costa Rica 4185, el IByME contó también con la participación de Lewis, Foglia, Orías, Carlos Martínez, Roberto Pinto, Antonio Bernárdez. A ellos se les fueron sumando otros científicos como Chiodi, Covián, Rapela, Gitter y hasta el mismo Cereijido. Subvencionado exclusivamente por donaciones privadas (entre ellas las correspondientes a la Fundación Sauberán, la del Comité de Ayuda, la Fundación Rockefeller, los NIH de Estados Unidos y la Fundación Guggenheim), este instituto resultó ser un espacio de investigación, discusión y actualización científicas, dedicado al estudio de problemas básicos en medicina y biología. El mismo Houssay explicaba:

“Este instituto es una de las iniciativas más importantes realizadas en nuestro país, para establecer un centro de investigaciones científicas desinteresadas, de carácter privado e independiente de los recursos y la dirección del gobierno o de sus dependencias (...) Estamos convencidos que este

Instituto debe tener vida permanente, para lo cual deberán hallarse recursos y asignarle un personal competente y consagrado” (1989 [1945]: 178).

La participación de Braun en este instituto fue relevante. En 1946, con la expulsión de varios científicos de la UBA y su posible incorporación al IByME, Braun le escribía a Houssay –quien se encontraba en Toronto, Canadá-: “He tratado de organizar las cosas de tal manera que todos puedan seguir sus experimentos iniciados. Tomé algunas medidas para ampliar la capacidad del Instituto que espero usted aprobará a la vuelta” (Braun Menéndez, 1946). Instalados finalmente en el instituto, Braun realizó gran parte de los trabajos sobre la hipertensión, adquiriendo tal reputación por ellos que fue invitado a numerosos congresos y simposios internacionales. También fue solicitado para publicar en revistas prestigiosas de todo el mundo como los *Annual Review of Physiology* y el *Pharmacological Review*. Asimismo, colegas y becarios de Europa, Estados Unidos, Brasil y Chile vinieron al país a trabajar con él en el instituto (Houssay, 1959). Sin lugar a dudas, fue convirtiéndose en una palabra autorizada sobre esta temática y conociéndose como el interlocutor natural de Houssay, Premio Nobel galardonado en 1947.

En paralelo a su actividad en el IByMe y a sus investigaciones particulares, en 1953 comenzó su labor en el naciente Instituto Católico de Ciencias (ICC). El ICC fue creado el 9 de junio de 1953 y funcionó hasta septiembre de 1954 en la ciudad de Buenos Aires. Integrado por un grupo de científicos destacados (Eduardo Braun Menéndez, Miguel Covián, Luis Leloir, Virgilio Foglia, Venancio Deulofeu, entre otros) y bajo el patrocinio del arzobispado de Buenos Aires, este instituto pretendió convertirse en un centro privado de investigación y de dictado de cursos cortos (de medicina, física y química, entre otros temas) contrapuesto a los espacios de ciencia de la época, que en su gran mayoría estaban regulados y dirigidos por el Estado. A continuación se evidencia la extensa nota que *Criterio* (1953: 486) le dedicaba a los estatutos del ICC:

**“Creación.-** Con el alto patrocinio del Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Argentina se crea el Instituto Católico de Ciencias, con sede en la Capital Federal.

**Fines.-** Las actividades del Instituto Católico de Ciencias tenderán a ‘dar a espíritus jóvenes el respeto de la verdad y guiarlos hacia los libres progresos indispensables para su madurez intelectual’ lo cual según



S.S. Pío XII es la más elevada misión de la Universidad (carta de S.S. Pío XII al 22° Congreso Pax Romana). Iniciará sus actividades en el campo de las ciencias exactas, físico-químicas, naturales y biológicas sin que ello signifique una limitación para el futuro.

Para lograr sus fines procurará:

Fundar Institutos, Laboratorios o Gabinetes destinados a la investigación original y formación de investigadores.

Crear cátedras permanentes u organizar cursos espaciales o conferencias a cargo de personas de reconocida autoridad que se hayan destacado por su labor original en la materia.

Organizar cursillos teórico-prácticos de orientación para estudiantes y cursos de especialización para graduados.

**Dirección.**- El Instituto Católico de Ciencias estará gobernado por un Consejo Directivo, el cual actuará con las más amplias facultades y estará constituido por un mínimo de tres y un máximo de ocho miembros. El Consejo Directivo elegirá entre sus miembros un secretario quien cumplirá las disposiciones adoptadas por el Consejo Directivo. Para ser miembro del Consejo Directivo se requiere ser votado por la mitad más uno de los miembros componentes del Consejo Directivo.

**Reforma del estatuto.**- Toda reforma del presente estatuto deberá ser votada por el Consejo Directivo y ratificada por el Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Buenos Aires.

**Recursos.**- El Instituto contará con los siguientes recursos:

- 1) Los aranceles de los estudiantes y oyentes.
- 2) Los aportes fijos o accidentales de instituciones o personas que deseen contribuir al desarrollo del Instituto.
- 3) Las donaciones o legados en favor del Instituto.

**Destino de los bienes en caso de disolución.**- En caso de disolverse el Instituto Católico de Ciencias en sus bienes pasarán al acervo común de los Institutos Católicos de Buenos Aires o en su defecto a la Fundación Ateneo de la Juventud.

**Disposiciones transitorias.**-Contando con la aprobación del Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Buenos Aires se constituye el Consejo Directivo del Instituto Católico de Ciencias con las siguientes personas: Doctor Eduardo Braun Menéndez (secretario), Doctor Venancio Deulofeu y Doctor Emiliano Mac Donagh.

El Instituto Católico de Ciencias, tendrá como sede el edificio de la calle Carlos Pellegrini 1535, Buenos Aires, gentilmente cedido a tal efecto por el Sr. Director de los Cursos de Cultura Católica, Cgo. Luis M. Etcheverry Boneo”.

Cabe aclarar que en 1952 el Poder Ejecutivo había decretado una reglamentación que planteaba que el gobierno nacional debía ser el “rector y el organizador de toda actividad que interese al patrimonio social, tanto en el terreno cultural como en el científico” (Fiorucci, 2011). En el caso de las academias privadas, el gobierno agudizaba su función y se “erigía con la potestad para crearlas, intervenirlas o negarles personería jurídica”. Esta reglamentación se encontraba efectivamente vigente para la creación del ICC, por lo tanto se sostiene que su creación no pasó desapercibida para el gobierno nacional. En este sentido, Houssay recordaba algunas precisiones sobre el origen del instituto:

“Como estaba prohibido que diéramos clases en las asociaciones científicas o en otros sitios públicos, (Braun) organizó el Instituto Católico de Ciencias, donde se dieron muchas clases públicas con todo éxito. Aspiraba a convertirlo en un centro de enseñanza e investigación de selecta calidad, hasta ser la base de una Universidad prestigiosa de la más alta clase” (1959: 101).

Por su parte, Cerejido -quien participó de estos cursos en su época de estudiante- argumentaba en su libro *La nuca de Houssay* (1990) que era de público conocimiento las simpatías políticas de los participantes:

“El peronismo había empezado a tambalear, la Iglesia había comenzado una prudente separación que pronto habría de convertirse en estridente divorcio (...) por lo cual el instituto pasaba a adquirir cierto aire subversivo. De hecho, todas las caras que recuerdo haber visto allí pertenecían a gente rigurosamente antiperonista” (1990: 61).

Recordemos también que, con el Estado peronista en plena expansión y respaldado por un fuerte movimiento social, la Iglesia Católica tuvo que reacomodarse a partir de la década del cincuenta y consolidar sus espacios. En otras palabras, debió diferenciarse del peronismo para lograr cierta autonomía y res-

ponder a los embates que cuestionaban su autoridad. Con la opción de una universidad católica por el momento descartada, los Cursos de Cultura Católica, primero, y el Instituto Católico de Cultura, después, cumplieron esta función.

Como afirmaba su estatuto, el Instituto Católico de Cultura se mantuvo inspirado también por los lineamientos culturales y científicos que promovía el Papa Pío XII como fueron, por ejemplo, el “Discurso a los Maestros y alumnos de los Institutos Superiores Católicos de Francia” (1950), el “Discurso a los miembros del comité internacional por la unidad y la universalidad de la cultura” (1951) y su carta dirigida al Congreso de Pax Romana (1952). En el primero, Pío XII sostenía la necesidad de consolidar un ambiente de cultura específicamente católico contemplando todas las ramas del saber - incluidas las ciencias jurídicas, físicas y médicas- que, de alguna forma u otra, siempre tuvieron relación con la religión. El segundo abogaba por la unidad integral del campo intelectual en los espacios de conocimiento confesionales y la búsqueda de Dios en “la claridad alumbrada por la ciencia”. El último se refería puntualmente a los objetivos que debían tener estos espacios de cultura católica:

“(…) en el simple orden del conocimiento natural le corresponde superar la diversidad de disciplinas, promover una sabiduría y formar la personalidad intelectual del estudiante: por consiguiente, cuide de no faltar a su más elevada misión, que es la de dar a espíritus jóvenes el respeto de la verdad y guiarlos hacia los libres progresos indispensables para su madurez intelectual” (Derisi, 1983: 196).

Los impulsos del Papa coincidieron con el renacimiento de las actividades de las organizaciones católicas en nuestro país. Como bien señala Lila Caimari, “algunas de las nuevas asociaciones, así como las preexistentes, comenzaron a presentarse como depositarias de los valores descuidados por el Estado” convirtiéndose “en lugar de encuentro de los católicos desengañados por el peronismo” (1994: 206). Por la connotación política, en tiempos de polarización abierta entre el peronismo y el catolicismo, este renacimiento devino en una serie de dificultades que cercenaron la capacidad del Instituto Católico de Cultura. Para 1954 algunos de sus cursos fueron cerrados por orden del Estado y otros simplemente perdieron vitalidad. Finalmente, con la caída del peronismo y la organización de la UCA, en 1956, los distintos institutos se fueron incorporando en esta universidad en una clara continuidad de estos espacios.

De la síntesis de estos procesos, sumado a la situación ya mencionada de los “científicos proscriptos” que se vieron obligados a desenvolverse en otros espacios y a la aspiración de Braun de constituir centros privados de calidad, surgió esta experiencia del ICC. Así logró definirse como un espacio libre, plural, de discusión, investigación y enseñanza de la ciencia básica que reaccionaba contra las concepciones sobre la ciencia y la educación del peronismo. Inmerso en esta incómoda realidad, Braun Menéndez sirvió como ideólogo, promotor, profesor, secretario y administrador de esta propuesta.

En cuanto a la metodología, Marcelino Cerejido recordaba en el ya citado artículo de la revista “Ciencia Hoy” lo siguiente:

“En la Facultad nos contentamos con saber que ‘tal sustancia ejerce tal efecto’. En cambio, en el Instituto Católico de Ciencias aprendemos además quién lo ha demostrado, qué explicaciones alternativas se han barajado, para qué especies animales son válidas las afirmaciones, hasta qué punto son confiables las conclusiones (...) Lo que más nos subyuga de los nuevos maestros es que no se limitan a hablar de la ciencia: la hacen, son científicos” (1989: 69).

Por su parte, Braun en ese entonces destacaba que:

“En los cursos se procurará hacer participar al alumno en forma activa, por medio de la discusión del tema después de cada conferencia y de ejercicios prácticos que integran la enseñanza teórica; por este motivo se ha limitado a un corto número el de los inscriptos de cada curso” (1953: 338).

La naturaleza del instituto presentó una simbiosis particular: pese a ser un espacio promovido por la Iglesia no se dictó una “ciencia católica” –de corte tomista, por ejemplo– sino que se propició el espacio para la creación de cátedras que fueron encargadas a personas que se habían destacado en las temáticas propuestas. Esto probablemente respondía a la secularización de algunos sectores católicos que habían empezado a tomar distancia de la jerarquía eclesial y sus preceptos dogmáticos y a la pretensión de Braun de invitar a los científicos más destacados en cada una de las materias elegidas, fueran católicos o no. En otras palabras, si el tomismo regía en todas las áreas dentro de la Iglesia, la

participación de científicos independientes –con sus propias ideas y enfoques alejados de esta corriente- hablaría de nuevas búsquedas de estos sectores y de un inicial desprendimiento de “la cristiandad” que se concretaría entre 1955 y 1966 como explica Zanca (2006). Incluso Emiliano Mac Donagh, quien pertenecía a un sector más tradicionalista dentro del catolicismo, dictaba clases en este instituto sobre las teorías evolucionistas desde la “síntesis neo-darwiniana” (de Asúa, 2009).

La incompatibilidad de intereses que inspiraban al ICC por un lado y al gobierno nacional por el otro entraron en colisión. Dentro del clima político de agitación y confrontación que rodeó al año de 1954, poco se sabe sobre el cierre del ICC. La única pista es la que destacan Miguel de Asúa y Analía Busala (2011) en su artículo “*Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia*”. Según el testimonio de Virgilio Foglia el instituto fue cerrado por la policía y no reanudó sus actividades en el año 1955. Efectivamente, en las publicaciones de *Ciencia e Investigación* se anunciaron los cursos del ICC hasta septiembre de 1954, por lo que el testimonio de Foglia posiblemente sea correcto.

La incomodidad que generaron estos espacios católicos durante este período se plasmaron en el primer libro que Perón escribió en el exilio: *La fuerza es el derecho de las bestias* (1958). Allí el autor cuestionaba la relación “oligarco-clerical” que venía expresándose desde antes del golpe de estado. En este sentido, y en lo que respecta a estas asociaciones, Perón exponía:

“Junto con la aparición del Partido Demócrata Cristiano en la Argentina, comenzaron a aparecer asociaciones de médicos, maestros, abogados, industriales, ganaderos, obreros católicos, etc. Esto promovió un sentimiento de inquietud entre los dirigentes de las más diversas organizaciones gremiales, hasta que un día se presentaron a mi despacho los Secretarios Generales de la Confederación General del Trabajo, Economía, de profesionales, de Estudiantes, etc. En esa reunión me hicieron presente su inquietud por la intervención de la Iglesia en sus actividades gremiales. Ellos entendían que la Iglesia podía asociar católicos, pero no a los obreros, profesionales, estudiantes, etc. como entes gremiales y, en consecuencia, pedían una solución al conflicto por parte del gobierno” (1958: 57).

Pese a su corta duración, el ICC quedó en el recuerdo de organizadores y participantes que destacaban el nivel de las temáticas y las metodologías

que no respondían a los lineamientos de la educación pública. Y en Braun Menéndez, la sensación de un deseo inconcluso pero posible.

### **Braun Menéndez después del peronismo (1955-1959)**

El 16 de septiembre de 1955 se produjo el golpe de estado autodenominado “Revolución Libertadora” que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón. La “Revolución Libertadora” presentaba en sus filas a dos sectores bastante definidos. Por un lado, estaban los nacionalistas y católicos comandados por el general Lonardi quienes creían que los vicios y errores de Perón habían desencadenado el conflicto imperdonable entre el Estado y la Iglesia, pero aun así rescataban algunos aciertos de su gobierno. Por el otro, se encontraban los animados por las ideas liberales y republicanas quienes creían que el aparato de poder del peronismo debía ser desmantelado en su totalidad para salvaguardar las instituciones. Naturalmente, estas percepciones no eran absolutas ni puras sino que ofrecían una amplia escala de matices. Pese a esto, lo propios desacuerdos se acentuaron una vez en el poder y le impidieron a esta “Revolución Libertadora” sacar provecho del consenso social con el que contaba y de la propia desorganización del peronismo (Novaro, 2011).

Una de las primeras aspiraciones del nuevo gobierno era la “desperonización” del sector universitario. Recordemos que la experiencia peronista en este ámbito había implicado una importante transformación institucional. Las intervenciones, la expulsión de prestigiosos docentes reemplazados por profesores de menor talla, los cambios en las formas de gobierno y en la representación estudiantil, la sanción de la Ley Universitaria, la puesta de la ciencia y de la técnica al servicio de la industrialización y de la sociedad, tuvieron lugar durante esta experiencia. Asimismo, el peronismo había concretado el carácter absolutamente gratuito de la universidad pública, la supresión de los aranceles, la creación de la llamada Universidad Obrera, la masificación de la enseñanza superior (casi triplicando la matrícula entre 1947 y 1955, pero que no fue acompañado por un aumento correlativo de graduados), el acceso de los sectores menos pudientes a la educación, la politización del conjunto del sistema educativo y la fragmentación de la comunidad académica (Buchbinder, 2005). Como consecuencia importante de la política universitaria del peronismo se vislumbró en esta investigación la aparición de espacios académicos y científicos por fuera de la universidad: tal es el caso del ICC, del IByME, del Centro

de Investigaciones Cardiológicas (dirigido por Alberto Taquini, perteneciente al círculo de Houssay), la Fundación Campomar (de Leloir), entre otros. En la gran mayoría de los casos, estos nuevos espacios se agruparon por intereses históricos y por el rechazo político para con el gobierno de Perón.

Desde esta lógica, la conocida “desperonización” de la universidad se entendió también como una respuesta política. Tanto los atropellos que vivenciaron los profesores e intelectuales en tiempos de Perón, como la posibilidad de concretar objetivos históricos postergados, eran motivos suficientes como para acompañar la propuesta de la “Revolución Libertadora”. Sumado a esto, las simpatías de gran parte de la intelectualidad argentina con las ideas del nuevo movimiento (ya sea por “lo católico” como por “lo liberal” o por su definición “antiperonista”) y el rol protagónico que se les asignó a personajes relevantes de la ciencia y la cultura nacional en la “reconstrucción” de la universidad, incentivaron la adhesión a este propósito. De todas formas, la negación del reconocimiento de cualquier tipo de validez académica y/o institucional de la “Revolución Libertadora” para con el peronismo socavaba cualquier intento de conciliación. De hecho, así fue como tuvo lugar un nuevo proceso discrecional de cesantías de profesores, auxiliares y personal administrativo afines al régimen depuesto. A éstos se les sumaron quienes decidieron renunciar, solidarizándose con los cesanteados. Para cubrir estos puestos vacantes, se abrieron de inmediato concursos de títulos y antecedentes y fue en este punto donde surgieron las primeras chispas entre los grupos que conformaban el movimiento “libertador”: tanto católicos como liberales proponían personas afines a sus ideales y rechazaban a los patrocinados por los otros. El caso más ejemplar fue la discusión en torno a la designación del católico Atilio Dell’Oro Maini en el Ministerio de Educación y Cultura y los reparos en consecuencia de los sectores más liberales.

Entre los reincorporados al claustro docente se encontraban Houssay y sus dos colaboradores más cercanos: Braun Menéndez y Foglia. En la entrega oficial de su cátedra, Houssay recibió una ovación del Aula Magna cuando le tocó hablar. Con su vuelta al Instituto de Fisiología de la UBA, Houssay reorganizó los trabajos prácticos, enseñó personalmente a los ayudantes e inició a jóvenes en la investigación médica. Sin embargo, el 13 de mayo de 1958 dejó la cátedra y se retiró definitivamente de la docencia producto de su edad, de la vasta cantidad de proyectos que se encontraba realizando y de cierta desilusión causada por la falta de respuesta a sus consejos para la universidad

y los reiterados pedidos de recursos para su instituto. Naturalmente, sus dos mencionados colaboradores fueron sus sucesores.

Previo a esto, en enero de 1958, por medio del decreto-ley 1291, se creó el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que dependía directamente del Poder Ejecutivo y que tenía como responsabilidad promover y financiar la actividad de investigación en el plano nacional. Este proyecto había comenzado a gestarse unos años antes por la iniciativa del nuevo gobierno y las peticiones concretas del grupo de los mencionados científicos.

Su primer directorio estuvo conformado por Bernardo Houssay, Félix González Bonorino, Venancio Deulofeu, Fidel Alsina Fuertes, Luis Leloir, Alberto Sagastume Berra, Eduardo De Robertis, Humberto Ciancaglini, Rolando García, Ignacio Pirotsky, Alberto Zanetta, Lorenzo Parodi y Eduardo Braun Menéndez. En la primera reunión del directorio se designó a Houssay como presidente y a García como vicepresidente del CONICET. Pese a las coincidencias iniciales, rápidamente surgieron dos proyectos marcados y con concepciones diferentes entre los miembros directivos: por un lado, el grupo que se alineaba con Houssay –Braun Menéndez, entre ellos, junto a Deulofeu, Leloir y Parodi- tenía como objetivo –tal como expone Diego Hurtado-, “crear un sistema de financiamiento centrado en la filantropía y en aportes del Estado con el objetivo dominante de subsidiar proyectos de investigación y becas para el envío de investigadores al exterior” (Hurtado, 2010: 109). Sus destinatarios principales serían los investigadores de ciencia básica, especialmente la biomedicina. El otro grupo estaba liderado por García y González Bonorino, secundados por Pirotsky, Ciancaglini y Zanetta. Proponían un proyecto más amplio, en el cual el conocimiento científico se inscribiera en un marco de aplicaciones industriales, desarrollo económico y necesidades sociales. Abogaban a su vez por el impulso de las ciencias sociales y por el fomento de las investigaciones en el interior del país. Dos grupos, dos proyectos y dos presupuestos: las primeras peleas, relacionadas con las asignaciones de las becas, no tardaron en llegar. De acuerdo al testimonio de Rolando García, las primeras tensiones internas con Houssay fueron superadas por la mediación de Braun Menéndez:

“Las negociaciones internas fueron posibles gracias, en buena parte, a que pese a profundas diferencias ideológicas se priorizó siempre el desarrollo académico. Personajes como Eduardo Braun Menéndez o Venancio Deulofeu, a pesar de ser profundamente conservadores apoya-



ron nuestro proyecto. Su apoyo fue fundamental para, por ejemplo, traer la primera computadora que tuvo este país: Braun Menéndez fue quien convenció a Bernardo Houssay de abstenerse en la votación del Consejo del CONICET para aprobar el presupuesto correspondiente” (2006: 26).

El mismo García, pese a sus diferencias con Braun Menéndez, engrandecía a este último exponiendo:

“Siempre dispuesto al diálogo constructivo, con una clara concepción de la educación superior y de la política científica que necesitaba el país, Braun Menéndez fue para nosotros el interlocutor obligado y el mediador de indiscutida autoridad en los momentos de tensión que vivimos tanto en el Consejo de Investigaciones como en la universidad” (Ciapuscio, 2007).

El papel de Braun Menéndez en el CONICET, para sus contemporáneos, era fundamental. Al respecto, Adriana Puiggrós sostenía:

“Los más importantes referentes de la universidad del período 1955-1966 expresan que Braun Menéndez era quien articulaba la universidad con el CONICET, quien mediaba entre Houssay y los jóvenes investigadores, y una persona capaz de aceptar la decisión de la mayoría reformista, siendo un firme militante humanista” (2003: 306).

Por su parte, Cerejido exponía los intereses de Braun en este tipo de iniciativas:

“En cierta ocasión (Braun) nos explicó que, si bien le encantaba el trabajo de laboratorio, consideraba más útil consagrarse a dirigir a los jóvenes, quienes de otro modo no habrían accedido a la formación que él consideraba imprescindible; dadas las circunstancias, le parecía egoísta negarse a participar en el desarrollo de las instituciones científicas claves -Facultad de Medicina, Universidad, Conicet.” (1994: 162).

La figura de Braun Menéndez tenía su peso propio dentro del CONICET: su participación como tutor de jóvenes e interlocutor de Houssay no pasó inadvertida, así como tampoco su ausencia, consumada su muerte.

De vuelta al plano universitario en aquél tiempo se originó una fuerte y prolongada discusión en torno al decreto 6403/55 que en su artículo 28 sostenía:

“La iniciativa privada puede crear universidades libres que estarán capacitadas para expedir diplomas y títulos habilitantes, siempre que se sometan a las condiciones expuestas por una reglamentación que se dictará oportunamente” (Zanca, 2006: 92).

Esto suscitó las primeras manifestaciones en contra por parte de los estudiantes de las universidades oficiales y el expreso desacuerdo del rector de la UBA, José Luis Romero, quien afirmaba que “la universidad es de todos y será de todos, y constituye su patrimonio común”. Estos desacuerdos entre el ministro y el rector interventor terminarían con el alejamiento de ambos y la postergación de esta discusión para el tiempo del siguiente gobierno constitucional (Zanca, 2006: 92).

Houssay y Braun Menéndez aceptaban la aparición de universidades nuevas que permitieran la enseñanza, la investigación y la búsqueda del saber en un clima favorable. Ambos habían participado de la comisión encargada de expedirse sobre este artículo –convocada por Dell’Oro Maini– cuya respuesta fue negativa. Si bien destacaba los esfuerzos que el artículo ofrecía para el desarrollo de los estudios superiores y privados, su descripción (sobre todo el término “libre”) era poco clara y un tanto ambigua (Zanca, 2006), motivo por el cuál se rechazó.

Braun Menéndez presentaba una posición híbrida al respecto: por un lado, consideraba como una prioridad la aparición de nuevos institutos universitarios de calidad. Prueba de ello se manifestó de la siguiente manera:

“No creo en la posibilidad de convertir a nuestra “so called” Facultad en un centro universitario de verdad. La única solución, a mi juicio, es la universidad privada, y me he impuesto la misión de trabajar por ella” (Hurtado, 2010: 105).

Esto, sumado a su reconocido catolicismo, le valió la resistencia del grupo liberal de la universidad que lo fue etiquetando como conservador. Sin embargo, por otro lado, participó de la Junta Consultiva que rechazó el artículo 28 y también era partidario del derecho a la libre determinación de culto en los es-

pacios educativos. Esto le valió a Braun Menéndez la desconfianza de los círculos más tradicionalistas de la Iglesia Católica que pretendían la reinstalación de las horas de religión que el peronismo había eliminado en 1954 (Zanca, 2006).

Finalmente, la reglamentación del discutido artículo 28 se aprobó en la última sesión ordinaria de 1958, bajo la presidencia de Arturo Frondizi.

Siete meses antes de la reglamentación del artículo 28 empezó a funcionar la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires. Fundada por el Episcopado Argentino, se trataba de la consolidación de la tendencia más tradicionalista de la Iglesia y una superadora continuidad de los Cursos de Cultura Católica y del Instituto Argentino de Cultura Católica. La continuidad, sin embargo, no se vio reflejada en la designación del rector: Octavio Derisi fue nombrado rector de la UCA relegando a Luis María Etcheverry Boneo, responsable de los institutos. El primer Consejo Superior estuvo integrado por Eduardo Braun Menéndez, Ángel Battistessa, Guillermo Blanco, Atilio Dell’Oro Maini, Agustín Durañona y Vedia, Luis María Etcheverry Boneo, Alberto Ginastera, Faustino Legón, Gerardo La Salle, Emiliano MacDonagh, Francisco Valsecchi, Amancio Williams y Ricardo Zorraquín.

La UCA inició su actividad con alrededor de 600 alumnos, tres facultades (Ciencias Sociales y Económicas, Derecho y Ciencias Políticas y Filosofía), cinco institutos (Lingüística y Estudios Literarios, Música, Ciencias Fisicomatemáticas e Ingeniería, Ciencias Naturales y Teología) y dos órganos auxiliares (el Instituto de Cultura y Extensión Universitaria y el Departamento de Biblioteca y Publicaciones).

Al igual que en el CONICET, pronto surgieron discrepancias dentro del consejo directivo sobre el modelo que debía seguir esta nueva universidad y sobre su conducción. Quien planteó severas diferencias con la orientación y los modos que la universidad católica pretendía fue Braun Menéndez. Disentía en que primase el criterio de la catolicidad en la selección del personal docente en la universidad privada. Nuevamente en *Ciencia e Investigación*, Braun Menéndez argumentaba que “si los maestros elegidos tuvieran la alta categoría universitaria, científica y moral indispensable, nadie escudriñará su pasado, y nadie se interesará por sus ideas políticas o por sus tendencias en el campo católico” (1957: 98).

En su artículo “La ley universitaria” publicado también en *Ciencia e Investigación* en julio de 1958, Braun reafirmaba ser partidario de la creación de universidades privadas en el país pero creía que el proceso de formación de una universidad católica debía ser gradual, planificado y sólido. No aceptaba la apa-

rición de un espacio católico de enseñanza superior que naciera de la noche a la mañana, ni que su único aliciente sea el de dar títulos habilitantes. Un espacio así estaba destinado al “fracaso seguro” (Zanca, 2006: 120). Como se expuso anteriormente, Braun Menéndez había abogado por la aparición de una universidad privada –como centros libres de enseñanza e investigación– y por la eliminación del monopolio del Estado en la emisión de títulos habilitantes durante muchos años. Sin embargo, al momento de la creación de la UCA fueron muy notorios sus desacuerdos con el resto de los directivos. Mientras que él proponía la creación y consolidación paulatina de un espacio de enseñanza e investigación calificado, la jerarquía eclesiástica esgrimía su apresuramiento por concretar esta oportunidad histórica. Más aún luego de lo acontecido en torno al acalorado debate (con manifestaciones incluidas) de 1958 sobre la enseñanza libre o laica.

Dadas las diferencias, Braun decidió renunciar al Consejo Superior y su lugar fue ocupado por el jesuita Mariano Castex, quien oportunamente había criticado a Braun en la revista *Estudios* (Zanca, 2006). Sin nombrarlo directamente, Castex criticaba a quienes querían formar universidades “al modo de las antiguas academias griegas, (haciendo) surgir su esbozo universitario alrededor de núcleos de alta investigación (...) Ya no se trata de como ‘iniciar’, sino de cómo ‘proseguir’ la tarea” (Zanca, 2006: 125). En otras palabras, lo que para Braun era un requisito inobjetable para la creación de cualquier casa de estudios sería, para varios miembros del Comité se transformó en una apreciación obstructiva e innecesaria.

El presbítero Rafael Braun confirmaba la disconformidad de su padre en el surgimiento de la UCA en una carta que enviaba al diario *La Nación* el 3 de diciembre de 2007:

“El doctor Eduardo Braun Menéndez falleció el 16 de enero de 1959 en un accidente aéreo. Hasta el último día de su vida, nuestro padre manifestó su desacuerdo con el modelo universitario adoptado en la creación de la Universidad Católica Argentina (UCA)”<sup>1</sup>

La aparición de la UCA consolidaba los sueños históricos del catolicismo de crear una casa de estudios capaz de emitir títulos. Aunque, como se expu-

---

<sup>1</sup> *La Nación* (2007), “Carta de lectores”. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/967607-cartas-de-lectores>.

so, los anhelos educativos de Braun Menéndez sobre una universidad de este tipo no se reflejaban en su organización. Su muerte, meses después, imposibilitó algún tipo de incidencia en la consolidación de la UCA como centro de investigación de calidad.

### **A modo de conclusión**

En este trabajo se pretendió dar cuenta de la participación científica y universitaria más relevante de Eduardo Braun Menéndez entre 1953 y 1959, así como sus ideas (y sus concreciones) en el contexto histórico que le tocó afrontar. Explicar el pensamiento y el accionar de un científico, católico, con simpatías liberales (para los católicos) y conservadoras (para los académicos) nunca será tarea fácil. Probablemente en este constante desmarque y en la falta de precisión en cuanto a su ubicación ideológica radique una de sus principales riquezas.

En estos años investigados, se ubicó a Braun Menéndez en una inagotable búsqueda por lograr cierta calidad, seriedad y crecimiento en la ciencia y en el desarrollo de los científicos argentinos. Como se expuso, esta búsqueda se dio en un contexto (universitario, científico, histórico y político) enrevesado y no siempre complaciente con sus aspiraciones. Su perfeccionismo (o idealismo inconformista, para sus detractores) fue el motor de su obra científica que aspiraba a colocar a la ciencia y a la universidad argentina en un lugar superior. Tampoco fue el único que tuvo estos objetivos tan ambiciosos: científicos famosos como Houssay, Leloir, Milstein y otros más desconocidos y/o anónimos tuvieron deseos similares y consiguieron concretarlos incluso con mayor eficiencia.

Sin embargo, la contribución de Braun Menéndez no pasó desapercibida para sus contemporáneos. De manera contundente lo explicó Alfredo Lanari, quien en el acto de sepelio expresó que “Eduardo Braun hizo más y mejor que todos nosotros” (Firmat, 1979: 855).

### **Bibliografía**

- ASÚA, Miguel de (2009), “En el año de Darwin. A propósito del evolucionismo en *Criterio*” en *Criterio*, n° 2346, marzo, año 81.
- ASÚA, Miguel de y BUSALA, Analía. (2011), “Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia”, *Criterio*, (2368). Dispo-

- nible en: <http://www.revistacriterio.com.ar/cultura/instituto-catolico-de-ciencias-1953-1954-mas-en-la-leyenda-que-en-la-historia/>.
- BOURDIEU, Pierre (1984), *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1ª reimpresión.
- BRAUN MENÉNDEZ, Eduardo (1945), *Universidades no oficiales e institutos privados de investigación científica* (folleto), Buenos Aires, s/e.
- (1946), Carta A Houssay, en Hurtado, D. y Fernández, M. (2013), “Institutos privados de investigación “pura” versus políticas públicas de ciencia y tecnología en la Argentina (1943-1955)”, *Asclepio*, 65 (1). Disponible en: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.10>.
- (1957) “Las etapas para la creación de una universidad privada”, *Ciencia e Investigación*, XIII (3).
- (1958), “La ley universitaria”, *Ciencia e Investigación*, XIV (7).
- BUCHBINDER, Pablo (2006), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CAIMARI, Lila (1994), *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel.
- CEREJIDO, Marcelino (1989), “Braun Menéndez nos falta por todas partes”. *Ciencia Hoy*, 1(3), p.67-69.
- (1990), *La nuca de Houssay*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- (1994), *Ciencia sin seso. Locura doble*, México, Siglo XXI, Editores.
- CHIROLEU, Adriana (1999), “La Profesión Académica en Argentina”, Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Concepción, octubre. Disponible en: [http://www.proealc.uerj.br/documentos/revista\\_synthesis/la\\_profesion\\_academica\\_en\\_argentina.pdf](http://www.proealc.uerj.br/documentos/revista_synthesis/la_profesion_academica_en_argentina.pdf)
- CIAPUSCIO, H. (2007), “La universidad que él quería”, *Diario Río Negro*. Disponible en: <http://www1.rionegro.com.ar/diario/2007/12/11/200712o11s02.php>.
- Ciencia e Investigación* (1953), “El Instituto Católico de Ciencias” (Editorial), 9.
- Criterio* (1953), “Instituto Católico de Ciencias”, (1190).
- FIORUCCI, Flavia (2011), *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos.
- FIRMAT, J. (1979), “Cartas al Comité de Redacción: Eduardo Braun Menéndez”, *Medicina*, Buenos Aires, vol. XXXIX (1).

- FOGLIA, Virgilio G. y DEULOFEU, Venancio (editores) (1971), *Bernardo A. Houssay, Su vida y su obra, 1887-1971*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
- GARCÍA, Rolando (2009), “¿Hacia dónde van las universidades?”, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA). Disponible en: [http://digital.bl.fcen.uba.ar/Download/Libros/Libro\\_0006\\_RolandoGarcia.pdf](http://digital.bl.fcen.uba.ar/Download/Libros/Libro_0006_RolandoGarcia.pdf).
- GRACIANO, Osvaldo (2008), *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina: 1918-1955*, Bernal, UNQ.
- HOUSSAY, Bernardo (1959), “Vida y obra científica de Eduardo Braun Menéndez (1903-1959)”, *Ciencia e Investigación*, 15 (4-5), pp. 97-104.
- HURTADO Diego, y BUSALA, Analía (2002), “La divulgación como estrategia de la comunidad científica argentina: La revista Ciencia e Investigación (1945-48)”, *Redes*, 9 (18).
- HURTADO, Diego (2010), *La Ciencia Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.
- Instituto de Biología y Medicina Experimental* (s/f), “El orgullo de pertenecer”. Disponible en: <http://www.ibyme.org.ar/institucion/2/historia>.
- JAIM ETCHEVERRY, Guillermo (2000), “La concepción universitaria de Eduardo Braun Menéndez”, *Medicina*, Buenos Aires, 60 (1).
- La Nación* (2007), “Carta de lectores”. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/967607-cartas-de-lectores>.
- PUIGGRÓS, Adriana (2003), *El lugar del saber. Conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*, Buenos Aires, Galerna.
- SÁENZ QUESADA, Mónica (2007), *La Libertadora: 1955-1958*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Universidad Católica Argentina* (s/f), “Los comienzos de la Universidad”. Disponible en: <http://www.uca.edu.ar/index.php/site/index/es/uca/la-universidad/historia/los-comienzos-de-la-universidad/>
- ZANCA, José (2006), *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires, Fondo De Cultura Económica.

Recibido: julio 2015 - Aceptado: septiembre 2015

